

860-7 (866) Astudillo
A859 M.

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
NO. 6272	MO. 1990
PRECIO	DONACION

0001564 - J^o
ECUATORIALES

POESIAS

Quito - Ecuador

1918

BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. N° ... 1.419

FECHA DE CONSTATAION ... Diciembre 1.950

VALOR ... \$ 5,00

CLASIFICACION

Para el notable crítico de arte, el orador
y el hábil escritor, D. Nicolás Jimenez,
con el respeto y la ingenua
simpatía de
El Autor



MINUCIAS LITERARIAS

Con motivo de *ECUATORIALES*



José María Astudillo Ortega nació en Cuenca, el 14 de Marzo de 1896. Hizo sus estudios en el Colegio Seminario de esta ciudad, y ocupó los primeros puestos en su clase, ingresó, después del reglamentario Bachillerato, a la Facultad de Medicina del Azuay, y cursa actualmente el quinto año en la Central de Quífo.

Su madre fue la cristiana y amable Sra. D^a. Rosa Ortega, cuya prematura muerte (1908) se tendió como una nube de dolor en el porvenir del joven poeta. Don José María Astudillo Regalado es su padre; conocido en nuestra sociedad como honrado comerciante, artista aventajado, y ciudadano a cuya probidad y competencia se debe la fundación y el sostenimiento del periódico de más larga vida de cuantos se han publicado en esta provincia: *La Alianza Obrera*, que corresponde de veras a los intereses de la Religión y de la Patria.

Por el año de 1910 formóse en esta ciudad la Academia del Azuay, a iniciativa del príncipe de la lira Don Remigio Crespo Toral: universal asociación aquella; concentración de todos los ramos del saber, posibles de fomentar entre nosotros. Historia, Literatura, Jurisprudencia, Medicina, Religión, Música, Pintura, & &, todo aprendizaje se refundió en aquel Centro, y cada sección contaba con su respectivo directorio. Cabe decir que con esta Academia no quedó en Cuenca elemento alguno aficionado a ciencia o arte, que no tuviera cabida en aquel Centro de tanta y amplísima cultura, con puesto para todo el que quisiera ilustrarse. Cuán buenos resultados se esperarían de tal labor, si nuestra innata inconstancia no nos hubiese obligado a desamparar, poco a poco, los bancos de esa amena y provechosa congregación de letras, hasta quedar reducida a un pequeño grupo,— la Sección Literaria—, que casi en familiares reuniones fuimos a parar en casa de Crespo Toral, abandonado ya el amplio recinto que se adquirió para las funciones de la Academia. Tanto fue por entonces el deseo de que no se circunscribiera sólo a los *iniciados* el recibimiento en el seno de dicha Corporación, que, aun se creó una como escuela de aprendizaje para colegiales que mostraran afición por algo, a fin de dirigirles en la carrera, y franquearles después las puertas para su ingreso en la notable Academia. Y así fue como se fundó la Sección Preparatoria a cargo del paciente y asiduo Nicanor Aguilar, quien todos los jueves por la noche, daba a los chicos lecciones de Gramática y Retórica.

A esta sección perteneció Astudillo Ortega, que, en unión del ya conocido literato y poeta Víctor M. Albornoz, fundó periodiquillos de puertas adentro para ser leídos en las sesiones: *El Pensil Literario*, *Juguetes Literarios*, *Rosas en Botón*, & &. Fue en esta época cuando Astudillo orientó y adestró sus aficiones para el cul-

tivo de las bellas letras, como lo confirman las varias producciones que diera a luz en periódicos y revistas. Sus compañeros condecoráronle una vez como a triunfador en un certamen promovido por ellos con tema obligatorio, y para estimular al trabajo en tiempo de vacaciones.—Años más tarde, ya en forma más social y pública, fue también laureado, como escritor en prosa cuando se trató de la coronación de Don Luis Cordero. Posteriormente ha sido Redactor y Colaborador del semanario *La Alianza Obrera* y de *Hacia el Ideal*. Veinte años contaba Astudillo Ortega, cuando, por su habilidad y discreción, mereció la simpatía del polígrafo Don Julio Matovelle, quien con su incontenible entusiasmo de Mecenas atrajo al joven escritor y lo impulsó al periodismo, dirigiéndole en un semanario de reñida oposición, *El Partido Católico*, que abrió brecha, pero murió luego como adalid arrojado. En esta gallarda faena fueron sus compañeros los aprovechados universitarios Aurelio Galarza y Ricardo Darquea. En la Escuela de Medicina distinguióse nuestro amigo como secretario y miembro redactor de su respectiva Revista. He ahí su corta biografía.

*
* *

Mucho se menoscaba la poesía nacional con cierto desvío del gusto literario que ocasionan las escuelas, cuya moda priva de tiempo en tiempo.

No somos intransigentes en materia de innovación literaria: convenimos más o menos con todas las escuelas siempre que realicen lo bello; pero ante todo, debemos procurarnos arte propio, debemos diferenciarnos por algo, para después jugar a jugar con lo exótico que no por extraño hemos de despreciarlo, cuando puede servirnos de hermoso adorno. Por o-

tra parte, si una verdadera conciencia artística y el anhelo de belleza fuesen siempre los impulsores de toda creación, si todo escritor no viniese a ser sino un revelador sincero de lo que siente y escucha en la naturaleza, que le rodea, y en su alma, que palpita a los reclamos de la hermosura, poca cosa importarían las modalidades en el decir, puesto que el fondo resultaría siempre artístico y bello, ostentando la verdadera poesía. Hoy no sucede esto: la novedad que se entra por todas partes, ha venido a desvirtuar lo más noble del ser—el sentimiento—quien entregándose va a sonora palabrería que defrauda al arte felices cultivadores suyos, los cuales pudieron enaltecerlo más, rindiéndole culto con ventaja.

Se nos objetará que el arte es libre: «La libertad en el Arte será la espontaneidad en la inspiración, su armonía con la civilización de un pueblo, la exención de las trabas facticias de escuela, la soberanía del ingenio en el mundo de la belleza; todo esto podrá ser Libertad en el Arte, pero no la independencia de los órdenes lógico y moral. Será el vuelo del águila que se lanza a los espacios, no el de la que se hundiera a aletear en el fango; la airosa carrera del corcel lanzado en las pampas, no los ridículos corcovos con que pretendiera levantarse a donde vuelan las águilas (1). La libertad en el arte será la *Libertad relativa de la ficción poética*, al decir del erudito Jesuita P. Esteban Moréu Lacruz (2); entendiéndose por esto la amplitud de acción, de fantaseo que tiene el genio para seleccionar el tema de la obra que ha de crear, pero amplitud que no puede deslindarse de la moral y la lógica. Al desconocer estos principios, renegaría de esa como a-

(1) Honorato Vázquez

(2) Fundamentos de Cultura Literaria

ristocracia literaria producida por una buena estética en las obras del ingenio humano. Si el acertado *buen gusto* y el criterio sano y cultivado no han de presidir la ejecución, imaginémoslo que un pintor, sin el dominio del colorido, ejecutaría en su lienzo: al tomar de la paleta los colores como están y trazar el cuadro sin armonizar el matiz, suavizándolo mediante combinaciones; qué de fuertes tonos no echarían a perder la suavidad del paisaje, resultando éste inverosímil y forzado. Así el retórico que, no adestrado en los recursos del lenguaje, ni en la correcta disposición del período y sobre todo en la finura artística del concepto, que trocado en emoción lo devuelve como depurado y capaz de causar sensación estética en el lector, habrá fracasado en su intento, desvirtuando con la crudeza del procedimiento el tema que pudo ser artístico.

Si aspiramos a hacernos de una poesía propia en la que se encarne nuestra historia, la psicología de la raza, el aroma de nuestra tierra, las delicias de la escena familiar, las desdichas y encantos de la vida campesina; hemos de ahondar primero en el estudio de nuestro ambiente político, social y casero, y sobre todo, hemos de compenetrarnos con la naturaleza, haciendo coro a su incesante bullir de armonías, en las que se adivina un encadenamiento de notas que suben al trono del Señor. De la naturaleza debe tomar el artista la inspiración, sintiendo la poesía y apropiándola a los estados de su corazón; las notas dispersas están en el universo y en el alma del artista la lira que ha de recoger aquellas para formar su canto. Así se comprende el arte: interpretación de la naturaleza y vibrar del corazón, armonizando la sensación con lo íntimo nuestro, siquiera en lo limitado y relativo que el hombre puede adueñarse

de la poesía de la tierra, ya que el humano esfuerzo es impotente para trasladar al arpa el *summum* que pusiera Dios en sus obras. Muchos la sentimos, la entendemos, y en el anhelo de hacerla nuestra, nos estrellamos con la imposibilidad de embeber el canto en esa infinita belleza que nunca llegó a mostrarse en obra alguna. Cuadros hay en lo psicológico, en lo vivido y en cuanto está al alcance de los sentidos, en los cuales, aunque el genio haya creído extraer todo, quedan todavía y quedarán acaso para siempre los más intensos poemas que nadie ha cantado hasta hoy. Aún hay campo abierto para un sutil espíritu, para el artista del sentimiento, donde poder hallar el tema de la obra no escrita todavía. La verdadera poesía está muy adentro: quien acierta a revelarla, empapando en sentimiento el tema, habrá hecho sentir y ver de nuevo a todos, lo que todos vieron y sintieron alguna vez en la vida. Precisamente, uno de los mayores encantos de la lira está en ese como retorno a vivir y gozar en un pedazo de arte, lo que gozamos y vivimos ayer; en esa como reproducción microscópica de toda una edad, de todo un afecto, de toda una ilusión.

Y aun en la lírica, que no es sino la exteriorización de lo individual, cabe esta fraternidad entre el sentimiento y la naturaleza; el uno para darnos el tema, el otro el acompasado son, la vestidura, el matiz de suaves tintas; ya que "ni la poesía objetiva excluye toda manifestación de vida del poeta, ni la subjetiva está divorciada del mundo objetivo" (3).

Quién no siente algo como un deseo de empaparse en el ambiente que discurre en el perfumado recinto de un bosque donde parlotea coquetón un arroyuelo de

(3) Jungmann—La Belleza y las Bellas Letras

crystalinas aguas en las que se copia y despedaza el sol, donde el nidal musgoso esparce dulzuras y canciones inimitables? Cuán bien se siente el espíritu en esos campos donde cada brizna del húmedo pajonal es una cuerda henchida de notas y rocío! . . . Corazón y naturaleza nacieron para hacer juntos la verdadera y humana poesía, hija del alma que la interpreta y de la naturaleza que la guarda en sus arcanos.....

Oigamos al dulce Martínez Sierra en su novela *Tu eres la Paz*, cuando describe un campo:... "todo es paz, de esa paz tan profunda que casi hace sufrir al corazón con el deseo irresistible de unirse átomo a átomo al corazón mismo del paisaje, de perderse en la quietud del campo y en la fresca transparencia del aire, y en la ondulación tan leve y tan jugosa de algunas praderas, y en la quietud armoniosa del ramaje que se mueve incessante sin quebrar la línea y que incessantemente cambia de lugar y da en su movimiento inacabable tan honda sensación de quietud e inquietud. Acaso en el alma hay algo de tierra para que así la tierra nos atraiga tan poderosamente, para que sobre todas las emociones del corazón, estén por envolventes, por atormentadamente pacíficas, estas con que nos apuñala la hermosura de campos y de ríos, y de cielos, y de árboles, y de praderas"! No es esto hermoso, no es la comprensión de la misteriosa naturaleza, no es el deseo intenso de abismarse en la poesía de la tierra tan honda, tan dulce y tan propicia para difundir en ella nuestro ser ávido de inspiración?

¡ Acaso en el alma hay algo de tierra! No será ese limo, ese polvo que forma nuestra envoltura corporal lo que palpita adentro de nosotros y encierra ¡ tierra al fin! el germen de la poesía primitiva, cuando el mundo al sentir la planta bienhechora de Dios reventó en luz, en flores, en agua y en música, y de esa tierra henchida

da de armonías formó al hombre? Sí, allí debe de estar el secreto de la poesía que llevamos en el fondo de nuestro ser. Somos limo, pero en él nos vino el aliento de Dios, porque en ese barro puso su mano la eterna belleza que palpita en el universo, y porque somos parte de él sentimos esa atracción que nos impulsa a quererlo, a vivirlo, a gozarlo adentro del alma que lo comprende suyo por hermoso. Llevamos la poesía en lo que *tenemos de arcilla*, y nuestra alma se encarga de descubrirla y transformarla en ritmo, en música, y hacerla palpitante en esa como florecencia de vida que anima las obras de arte. La poesía vive en nosotros como ese incontable número de semillas que esconde la gieba en su seno: aquellas, para reventar en hojas y flores que dan vida y primavera al campo, necesitan de sol; y el germen de la belleza oculto en nosotros, necesita del alma que vivifique aquel semillero de emociones que a su vital aliento han de transformarse en canto. Somos campo que llevamos algo de Dios: la belleza; cuidarla y difundirla en nuestras obras debe ser el empeño del espíritu, el ideal supremo del arte.

Y en la ascensión del espíritu por esta ruta, "el hombre debe tener los labios siempre bullentes con la palpación del verbo de la naturaleza, con la transfusión de su ideal moral en el lenguaje, en el Arte, en lo íntimo del sentimiento. Todo hombre debía ser poeta; pero no queremos serlo" (4).

Hasta para la educación del sentimiento es más provechosa la sana compañía de la naturaleza: así lo entendió Fr. Luis de León, cuando dijo: «puede ser que en las ciudades se sepa mejor hablar; pero la fineza del sentir es del campo y de la soledad» (5).

(4) Honorato Vázquez

(5) Nombres de Cristo

hay
Todo paisaje tiene algo más que la verdura, el movimiento, la línea, el matiz; quien profundiza en el más allá de lo que impresiona los sentidos y contempla las cosas no en lo que son, en lo material, sino en lo que significan en orden al fin para el que fueron creadas y sorprende la armonía que hay en cada una de ellas y entre todas, para ese palpitar unísono en rumor de viento, en temblar de brisa, en bullir de oleajes, o en emanación de perfume; quien así ve y siente la naturaleza, habrá penetrado en el misterioso secreto de las cosas, habrá espiritualizado la emoción y afinado el sentimiento para entender la vida, descubriendo el encanto de lo que tiene ante sí. Contemplando así el mundo, en el que no ficción sino armonía, en el que se ve henchirse la existencia antes q' por mero adorno para una palpitación que asciende a lo infinito, se habrá descubierto el velo que oculta la estética de la vida y en esa belleza a Dios.

Por lo que respecta al modo de ser de nuestro pueblo, a donde debe ir la observación de sus poetas es a lo vivido de las costumbres, a sus tendencias, creencias, historia, & todas propias suyas, tan llenas de ternura en el hogar, de patriótico en lo nacional, de heroicidad en lo histórico y de encantador en lo moral. Y aquí, donde el creer religioso es tan ingenuo y el vivir tan apacible, donde el hogar es amor mutuo entre cuantos abriga el mismo techo, donde la vida es resignación dolorosa casi siempre a las incomodidades de fortuna exigua; aquí, donde el dolorido espíritu arrastra la suerte con la esperanza de la recompensa de arriba, donde la vida indiana riega elegías escritas con sangre de esas vísceras rotas por el infortunio; aquí, de umbrales adentro, hay un hacinamiento de temas inexplorados aún y que sólo son nuestros.

Si esta debe ser la poesía verdadera, y si en casa

tenemos los motivos para hacernos arte propio ¿no es verdad que las escuelas literarias, sobre todo el decadentismo en boga, el que en definitiva ni saben muchos en lo que consiste, nos hacen aparecer extraños a nuestros convivientes, al solar nativo, cultivando lo raro y faltando a la sinceridad, al deber que tenemos para con la tierra, con la historia y con lo que creemos, sentimos y amamos? Mas, justo es decirlo también, ventajosamente este capricho literario no arraigó entre nosotros con el apasionamiento que en otras partes: su influencia nos llegó, pero fuimos un tanto egoístas para su recibimiento y una provechosa etiqueta nos libró de su intimidad. Y digamos con Ferrari: "no es tan malo *beber en vaso ajeno*; pero se ha de beber el vino propio"

*
* *

ECUATORIALES de José M^a. Astudillo revela mucho del sabor del terruño: en *Al rededor de Cuenca* hay vigorosas pinceladas descriptivas que retratan nuestra naturaleza. Hablando de las cordilleras que nos cercan, dice:

*El secular harapo de verdura
se escarmena, cubriéndolas a trechos,
y ellas reclaman vestes a la altura
para cubrir sus despojados pechos.*

*Hacia la cordillera, la neblina,
desde el confín del cielo se desgaja:
y va de una colina a otra colina
hasta perderse en la bravía paja.*

Esto es paisaje propio, de aquí, donde a la eterna primavera de estos campos se mezcla, en cariñoso vaivén, el blanco tul de nubes que como encaje va desplegando gazas aquí y allá, desde el opulento bosque hasta el frío pajonal.

*En el mutismo nocturnal tranquilo
se ve flamear el erro: Es un tesoro—
exclama el indio y guarda su sigilo:
—“lo que allí quema es un entierro de oro!”*

Estos campos esconden aún tesoros de la raza de los Incas, y sus nocturnas fosforescencias, si es verdad que muchas ocasiones son reveladoras de metales preciosos, en cambio—y lo más frecuente—es que, para engañar a los ilusos no sean

*sino rancios esqueletos
de los hijos del Sol y de la Luna!*

Ya que

*bajo cada peñón hay una fosa
y sobre cada fosa, la retama*

cuyo verdor es primavera de estas cuencanas tierras, y su dorada flor “el oro de los pobres”.

*Pero, guarda en su seno otra excelencia
esa ubérrima núbil—la montaña:—
para Atahualpa élla pidió indulgencia,
vertiendo llanto de oro ante la España!*

Hermoso compendio de una página de historia que nos recuerda siempre una de las mayores inconsecuencias de la conquista engendrada por la codicia.

En *El Aliso*, *El Agua Negra* y otras composiciones, da también Astudillo toques de un criollismo relevante y sentimental.

Ritornellos es un acierto de pintura local: las costumbres de nuestro bajo pueblo tienen notas características y poco explotadas aún:

*Esta muchachuela,
que la busco en torno,
luce los encantos
de antiguo tesoro:*



*los sábados toma
hojuelas del horno;
el domingo, empina
poquitito el codo,
con unos truhanes,
callejeros novios.
Usa manoegato,
redecilla y moño
y dientes calzados
y pendientes de oro.*

Pasan por los ojos del lector las figuras de esas obreras coquetonas de aquí, movedizas y bien pintadas, de *centro* azul celeste, paño de seda, rebozo verde y sombrero de paja de la falda gaucha, que buscan admiradores y ríen sin motivo por exhibir las calzas de oro de su dentadura intacta.

*Ella es pueblerina
con varios anteojos:
tiene zapatitos
hebillados de oro,
peineta enjoyada,
perfumes exóticos;
llévalos alegre
por mirar los globos,
en los festivales
del Santo Patrono.*

En las fiestas, sobre todo, podemos hallar constantemente cuadros regionales y costumbres de una sencillez única. Son ocasiones para que ese *medio pelo*—nada devoto en estos casos—salga a lucir sus prendas y llene las calles y los templos, y levante altares, y alborote el barrio.

En otra índole de trabajos: *In Memoriam* es un manojito de versos dulcemente escritos a la pena por su madre muerta: una poesía hecha con el alma, y de factura netamente artística y de forma tenue y limpia como una lágrima. No le va en zaga su elegía por su

compañero Márquez.

El género erótico lo ha explotado también con felicidad. En la contemplación de su amada se expresa delicadamente en el canto Iº del poema *TÚ*:

*para tus labios hay un nombre: rojos,
para tu frente, nó:....dígallo el lirio*

.....

*Quién te mira ya sabe qué es Ensueño,
aprende el que en ti piensa, Poesía.*

Dice en el canto II del mismo poema:

*Con mi temor a tu mirada obligo
posarse ruborosa en los tapices,
y en el distante azul que está detrás
de la ventana, donde tantas veces
sufri todo lo negro de tus ojos,
lo incierto de tus dulces esquiveces,
y huyendo tus enojos,
hablamos de otro amor, y extrañas penas;*

Suave y original pintura de esos primeros ensayos de cariño por los que todos hemos pasado en los verdes años, cuando los temerosos labios encomendaron a los ojos descifrar a la amada nuestra ternura; y los de ella, estudiosamente, pero querendones a su vez, con mal disimulado egoísmo, esperando más reclamos del mancebo, se prendían en las estrellas silenciosas.

En el VI derrama tintas de un realismo encantador y hermoso:

*Adiós! Partió al galope; en el recodo
como una ala flotó rápido el velo:
en serena quietud yacía todo
y el sol rondaba como siempre el cielo.*

Luego en el X, como quien fuera en pos de ella, le dice al corazón:

*Lánzate, corazón entumecido,
hazte nube, hazte aroma, hazte torcaz...
llégate a la casita como nido;
no regreses de ahí, jamás, jamás!*

.....
*y de aquella casita como un nido,
errante corazón, sé la torcaz.*

El tan manoseado tema del amor lo ha manejado nuestro joven poeta con arte y ternura, sin descender a detalles de mal tono que tanto han desprestigiado el género erótico, en el que caben las mejores dulzuras del sentimiento, como que es la expresión de lo más íntimo y sensible del hombre: el corazón.

Dilataríamos demasiado si quisiéramos detenernos a analizar todas las composiciones del presente librito: y quede allá cada lector para echar el resto.

Por el camino que va Astudillo Ortega, bien queremos augurarle triunfos, pues excelentes muestras nos ha brindado de sus felices aptitudes en el cultivo de las bellas letras.

No está por cierto exento de ciertas sujeciones a la moda actual,—cosa que a cualquiera le sucede, más por caprichos que por inhabilidad,—pero ya el tiempo vendrá, con la educación definitiva del gusto, a enmendar estas locurillas propias de toda juventud.

Qué siga cultivando el paisaje criollo, en el que aparece desde luego como uno de los más limpidos reflectores de cuadros de costumbre, en verso y en prosa; librando su originalidad de lo chocarrero, grotesco y risible: debía ser este el género preferido por nuestro amable compatriota, a quien tendemos los brazos de una efusiva y sincera enhorabuena.

J. R. Burbano V.

Cuenca, 19 de Febrero de 1918.



PORTADA

I

A CUENCA

Patria mía, tu quena, no tu lira,
da a tu cantor, que en yaravies sueña;
quiero tu voz que llora entre la breña,
cuando en el Ande azul, el sol expira.

Tu quena pastoril, trenando, inspira
su égloga al río, amante de la peña:
en cada aurora un nuevo amor diseña
y en cada tarde un viejo amor suspira.

En tí no se oye al ruiseñor que llora
caballerescos, clásicos amores:
tuyo el jilguero que en la rubia aurora

entona su cantar, al ver las flores,
él me dice en su trino, ebrio de pena,
que al Azuay se le canta con la *quena*.

II

IN MONUMENTUM

Para mi madre muerta.

Con los bancos de mi escuela;
con las celliscas del Ande,
que son acaso de estrellas
abandonados cadáveres;
con las mañanas alegres
que decoran los paisajes
de cenicientas techumbres,
do se columpian al aire
parásitas y matujas
de paisanos amancayes;

con la capillita blanca
que señorea mis valles,
y a donde los indios llegan
cargados, de las ciudades,
de crespones y guirlandas
para sus rancios altares,
donde rinden las corolas
los geranios de sus lares;

con el dulce "Amor que pasa"
detrás de los ventanales,
dejando allá . . . en la retina
los vaivenes de los bailes,
las cadencias de los huertos
y el silencio de las calles,
como dejan en la concha
su voz eterna los mares;

con todo esto, y la hojarasca
que, de día en día, cae
sobre el mármol de las tumbas,
bajo el verdinegro sauce;
y con las flores que piden
a las huesas hospedaje,
ha creado su armonía
mi lira en sus soledades !

Lira de cuerdas formadas
con fibras de mis agaves,
que de espinas coronadas
se perfilan, cual gigantes,
debajo el crepusculario
tinte bruno de la tarde.

* *
* *

¡ Qué vaga melancolía
la que corre por mi sangre,
y arranca llanto a mis ojos,
cuando repito las tardes
mis huérfanas poesías,
que jamás leyó mi madre !

ECUATORIALES

AL REDEDOR DE CUENCA

En abrazo angustioso, las montañas
en derredor de Cuenca se han reunido,
como si fueran viejas ermitañas,
de sayal por el tiempo desteñido.

El secular harapo de verdura
se escarmena, cubriéndolas a trechos,
y ellas reclaman vestes a la altura
para cubrir sus despojados pechos.

Hacia la cordillera, la neblina,
desde el confín del cielo, se desgaja
y va de una colina a otra colina,
hasta perderse en la bravía paja.

Allí, relincha el potro, entre rocines,
con su inquieto piafar espacios puebla;
enarca la cerviz, crispa las crines,
y encima cae, cual telón, la niebla.

Cuchichean las tórtolas silvanas,
dando vida al misterio del barranco;
se avergüenzan al ver las caravanas
y rasgan de la nube el lienzo blanco.

Abajo, en la encañada, se recuesta,
rumiando, el buey, en la llanura escasa;
la hembra le lame con amor la testa
y cual velo nupcial, la niebla pasa.

I graníticas momias del pasado,
de indígenas juglares de leyenda,
se retuercen los Andes: no han labrado
allí los siglos, al pasar, su senda.

Para mirar a Cuenca, en muchedumbre,
únos sobre otros se alzan hasta el cielo;
y se encarama el sol sobre esa cumbre,
que abroquelan pirámides de hielo.

En el mutismo nocturnal, tranquilo
se ve flamear el cerro: Es un tesoro—
exclama el indio, y guarda su sigilo:
—“lo que allí *quema* es un entierro de oro!”

En peñascales áridos y escuetos
ven brillar los labriegos su fortuna....
¡I no son sino rancios esqueletos
de los hijos del Sol y de la Luna!

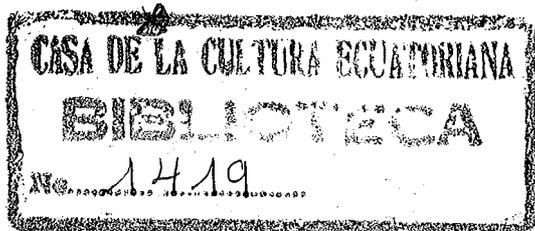
Mas la incásica tribu en paz reposa
dentro el sudario de aborígen grama;
bajo cada peñón hay una fosa
y sobre cada fosa, la retama.

Pero, guarda en su seno otra excelencia
esa ubérrima núbil—la montaña:—
para Afahualpa élla pidió indulgencia,
vertiendo llanto de oro ante la España!

*
* * *

Surge la caña de apolínea tierra,
y cubre el techo de mansión umbría;
con ella el indio su cabaña cierra,
y hace el rabel de agreste sinfonía.

Al rededor de Cuenca el labio calla
y un impulso de amor el alma quema:
ante la inmensidad, la lira estalla
y en humo de oración muere el poema!



EL ALISO

¡Cauce limitando:
del patrio río,
solitario te veo,
como un proscrito:
como proscrito
del bullicio del monte,
¡doliente aliso!

Tu agreste tallo viste
maganto luto,
la fúnebre corteza
llena de musgo,
como que el musgo
es de las añoranzas
el libro mudo.

Cual abuelo apacible,
que dormitando,
se entrega del infante
a los halagos,
a esos halagos
hinchidos de un efluvio
de ensueños castos;

Así tu viejo tronco
pausado oscila
a los mansos revuelos
de leve brisa,
porque la brisa,
con amor, le regala
ledas caricias.

Y ceden a su hialago
botones y hojas,
que bañan su verdura
bajo las olas,
las raudas olas
que una lluvia de adioses
dan a las frondas.

Las guijas te fabrican
amplios doseles,
bajo de ellos, cual reina
coronas tejes,
amante tejes,
para ceñir de la onda
la espuma leve.

Nunca, nidos alegres
tu copa ostenta,
ni se yergue gigante
sobre la arena,
hiende la arena,
como si del bullicio
miedo tuviera.

Como acuátiles algas
en la corriente,
flota verde linamen
en mil vaivenes,
que a los vaivenes
del agua, sus festones
teje y desteje.

Tu duro tronco es blanco
de los embates
del río, y son tus hojas
éneos pañales,
suaves pañales
donde nace y expira
voltario oleaje.

Presides la epopeya
de las espumas,
y acompasas el rezo
de la agua bruna;
el agua bruna
que habla el tácito idioma
de la amargura.

Ahora eres testigo
de mis recreos,
mañana serás llave
de mis recuerdos,
de esos recuerdos
que diseña en la mente
nuestro colegio.

Eres amorfa imagen
de mi destino:
al borde de la ausencia
llorando vivo:
huérfano vivo
como tú, dando adioses,
¡ tétrico aliso !

Tu sarmentosa copa,
procela airada
la desgaja azotando
con furia aciaga;
¡ mi suerte aciaga
mis alegrías rompe,
mis dichas mata !.

¡ No gusto mundanales
ni vanos ruidos !:
del llanto y del silencio
quiero ser hijo,
cual tu eres hijo
de un diáfano remanso
del patrio río.

Vivamos, sí vivamos,
árbol tranquilo,
tú siempre de las olas
acometido,
que acometido
de lágrimas y penas
también yo vivo.

EL AGUA NEGRA *

Sentada a la orilla del río voluble,
la indiana pareja constancia juró:
las olas tan blancas, aplauden y pasan;
volubles los ríos constancia predicán,
y siempre testigos del olvido son.

El indio arrogante, la mira y prorrumpo:
—Si en tu ausencia muero, mi fiel Yanuncay,
llorando perenne correrá este río,
mi muerte hará suya, que si es blanco ahora,
color del olvido sus olas serán.

Gimieron los buhos, el sol vacilante
movía su disco, cual viejo bufón;
el río seguía llevando las nubes,
rompiendo su encaje por entre las sirtes,
cantando, y riendo de historias de amor.

*—El río *Yanuncay* que corre al sur de Cuenca, tiene la singularidad de la negrura de sus aguas, a ello se refiere la presente composición.

N. del E.

Paseaban las sombras, callaron las aves,
y nadie atisbaba su lúgubre adiós;
crujieron las piedras bajo sus pisadas,
chocaron las brizas Rompía el silencio
el llanto de virgen, salvaje dolor.

El alba y la tarde hallábanla ansiosa,
sentada a la orilla, la fiel Yanuncay,
por ver si las aguas tornábanse negras,
por ver si *él* ha muerto; que cree en conjuros
y en presentimientos la que sabe amar.

¡Mas ay, triste día! Pasa el agua negra,
vistiendo de oscuro, solemne crespón.
—¡Que negro está el río! solloza la amada,
como una alma enferma; como el alma mía,
que no tiene un árbol, ni un pálido sol!

Gimieron los buhos, las ranas croaron,
el sol se escondía con lenta emoción,
Yanuncay dejaba mezclarse en el río
su queja al murmullo, su llanto a las olas. . . .
y el río pasaba, sin nubes ni sol. . . .

De entonces parece siniestro epitafio
la oscura corriente de negro cristal,
ni copia luceros, ni brumas remeda,
y llora en su seno la voz de ultratumba,
y vive de luto la fiel Yanuncay.

DOMINICA

El dios de Huainacápac su forma multiplica
en la hostia tembladora de cándido rocío;
hay comunión de lumbre: se armña el viejo río,
y el ábrego en las selvas a festival repica.

La cumbre, de oro y nácar bañada, pontifica;
pulsando el arpa llegan gorriones del bohío;
los troncos se revisten con el sayal de estío
que, en su misantropía, la araña les fabrica.

En cada espuma blanca, y en cada flor, tremola
el dios de Huainacápac—el sol—dios que se inmola
dando color y vida y abriendo las sonrisas....

Voltea en la parroquia, el esquilón.
El cura
explica el evangelio de paz y amor: ¡ Oh misas!
las de la pobre aldea, del río y la espesura.

MEDIO DIA

Se mece, como cuna, la cálida floresta.
A la mezquina sombra de aleros desvaídos,
duermen del mediodía por el sopor vencidos,
los fuertes aldeanos: es hora de la siesta.

Al pasar el ventalle por la pajiza testa
del caserío, arranca sus haces y sus nidos
y lleva esos cadáveres, rompiendo en alaridos,
desde el chozil moreno, a la empinada cresta.

Duerme el pastor, y el perro que humilde le acompaña
vigila soñoliento al amo y la cabaña.
La luz cenital tiembla por páramos y villas.

Cual corazón pujante, latiendo están las quiebras
al sol, y desperézanse, tostadas y amarillas,
las hojas, con sigilo de mórbidas culebras.

A TARDECER

Del templo de la aldea se ve en el frontispicio
volando una cortina que descolgó el azar:
las ranas tarderiegas salmodian su canticio
porque ha llovido poco y el sol váse a ocultar.

Sólo del pueblerino jolgorio como indicio
vuelan mixturas y hojas que están sin sepultar.
La soledad embrújanos con su almo maleficio,
y el campanario espera que vengan a anidar.

Del hijo de Atahualpa la agreste chirimía
ulula y familiares acogen en la umbría
sus quejas los arbustos y el retamal en flor;

en su sonambulismo trae el cierzo un olor
de lluvia en surco: un bombo se hunde en la lejanía
dando de los festejos el último rumor.

LAS NUEVE

TOCAN

LAS CAMPANAS

Las nueve dan los campanilos:
y la liturgia de las monjas
llama a salmodiar en el coro....

La hermana campanera toca,
y suspira viendo, a la noche,
el contorno gris de las lomas.

Los niños juegan a la luna,
y en el barrio, bajo la sombra
de la madre selva, hay cita;
en tanto que las campanas glosan
su miserere melancólico.

Se van a cerrar las casonas,
mientras sale Don Juan Tenorio
y va al claustro, a hacer la ronda.
Andares fuertes, toses recias,
y en el zaguán la blanca novia....
que a hurtadillas atalaya.

Algunas Julietas asoman
para atar pronto las escalas,
y a lo lejos un truhán toma
las de Villadiego, y se pierde
silbando la canción de moda.

Las mamás cierran, regañando,
los ventanales de la alcoba;
tañen con tedio los relojes
y silbidos cunden ahora
de los vagabundos rapaces
que no cuentan ni años, ni horas.

Pierrot en las esquinas canta;
un can aúlla, un buho llora,
y cubren el dormido lago,
abrigo dándole amorosas,
las harapietas del otoño,
desprendidas, las secas hojas.

Las nueve dan en las campanas:
la hermana campanera toca!



POEMAS Y ELEGÍAS

AVES BUENAS

Por mi orfandad.

Ca^yó el día: y en el orto
tembló, como azahar, la luna,
presidiendo emocionante
de sol y sombra las nupcias.

Entré, paso, al cementerio
por gozar de mi locura,
la locura de lo triste
de conversar con las tumbas.

De entre el ramaje de sauces
arrancaron a la altura
aves tristes, tal vez huérfanas,
que adoran las sepulturas.

¿A dó volarían éllas
en ese rayo de luna,
que como lágrima intensa
se desplomaba en las tumbas?

I ascendiendo las veía
del plenilunio en la ruta,
para avisar a las almas,
tras los cendales de bruma,
que he llamado, de rodillas,
a mi madre, con locura. . .

Alcé los ojos...
Volvían,
aves buenas, una a una;
las pregunté en un suspiro:
¿volverá mi madre?
—Nunca!
dijeron, plegando el ala,
y adurmiéndose en las tumbas.

Silencio!, los saucedales,
impusieron a la turba
de las aves rondadoras;
¡y hasta mi alma quedó muda!



POR LUIS E. MARTINEZ C. (*)

En el bullir distante de la escuela
creo escuchar la voz del tierno amigo,
y a esa edad de ayer, mi musa vuela:
única edad de amor, de luz, de abrigo.

De la niñez escucho el grato arpegio;
y en la fiel remembranza de otros días
está el colega amado del Colegio,
el confidente de las penas mías.

Poema de candor fue su sonrisa,
su alma naciente flor, que los vaivenes
de celestial y mensajera brisa,
la elevaron de amor, a sus edenes.

¡Qué alma tan grande fué! . . Qué alma tan buena.
Su immaculado cáliz ya se abría;
cuando arrancó un querube la azucena,
que con la escarcha aún resplandecía.

Mas ¡ay de mí! cual ave soy que canto
del recuerdo en el muro carcomido:
únos y otros, los seres que amo tánto,
para darme su adiós solo han venido!.

(*) † el 28 de XII de 1913.

CLAMOR SIN ECO

Su plácida sonrisa, su mano cariñosa
faltábanos ahora: la clase está sin él;
por Dios, que presto llegue; su ausencia es lastimosa...
Señor, mándale pronto, si nuestro es Rafael.

Las piedras de la orilla, donde estudiaba atento
recogen los quejidos del aura vespéral;
y el sauce a cuya sombra tendíase contento,
parece que le busca mirando al Hospital.

¿En dónde le hallaremos?... su estudio está vacío,
callada la tertulia; su puesto en soledad:
nos falta su alma hermosa que encante nuestro hastío,
Señor, mándale, es nuestro: nos falta su bondad.

Son tantos ya los días que a lista no responde,
que de dolor, borramos su nombre angelical.
mas, siempre lo repiten, diciendo: ¿ en dónde ? ¿ en dónde ?...
el sauce, la alameda, la clase, el Hospital.

En la muerte del bondadoso Rafael Márquez T., estudiante
de Medicina.

DOLOR DEL NUMEN

Al Directorio de la Sociedad Filarmónica del Azuay.

Genios !, los que arrancáis del cielo mismo
las lirás de Belén—dulces rabeles—
que arrullaron la cuna,
del que por Cuna el universo tiene,
y revivís el sistro del Salterio,
los Cantares de amor, el Miserere,
Mozart, Bethowen, Shubert, . . .
inmortales seréis; que nunca muere
la que vino con Cristo,
modulando el Excelsis del Pesebre.

Oh mártires sin gloria, Incomprendidos,
que aprisionáis, desfalleciente, al alma,
en la cárcel de signos y de curvas:
¡apresáis el dolor. . . en cinco rayas!

Rapsodas y bohemios, junto al muro
os sorprendió la alondra, a la mañana,
cantando en la mundana Babilonia,
del duro exilio, descolgando el harpa. . . .

Despertad la blancura del teclado
que obediente acompaña
las íntimas saudade
con la sonrisa imperturbable y blanca
de esos dientes que muerden,
curando del espíritu las llagas.

¿Qué fuera del poema sin la música,
la música que encarna en sus remedos,
ensueños y nostalgia, y vida y mundo?
¿Qué fuera de los bosques sin los Ecos,
del mar y de las selvas sin rimaes?
Toda esa inmensa voz preludia un cielo,
do resucita el alma:
Una armonía eterna, el cielo es eso.

Milagros de la musica! Las fieras
por ella al viandante, hasta sus plantas
le lamen, y si peñas y arbolados,
tras de Orfeo gemían y bailaban,
con el artista humilde
retoza, rie y danza
un coro de ilusiones que no pueden
los bardos animar con las palabras;
mas al son de un acorde se estremecen
esos mundos sin nombre, de las almas.

El Arte, -en romería por el siglo,
recibe del sarcasmo mueca helada....
Mejor es el silencio de la noche
que del día la cómica algarada;
mejor es el laurel que nadie toca,
la montañera flor que nadie alcanza,

y mejor que el aplauso de las risas
es el mudo rubor de propias lágrimas.

Cuando el artista lucha,
devórale un infierno:
el sacro infierno que en su pecho quema
las glorias, como a réprobos;
y las glorias del vulgo bien merecen
expirar, consumidas por infiernos!

¡Qué ocultas cuitas guardarán las canas
que orlan aquellas frentes abatidas!
Son blancos cisnes que sus sueños velan;
de una hoguera sin fin son las cenizas;
flores descoloridas por el tedio:
¡Qué hermosas son las canas del artista!

Maestros, cuántas veces conmovida
la multitud en vuestro torno llega,
y mira descifrar los puntos negros,
como ojos arrancados que conservan
los nervios de alguna alma!;
cómo al cantar ¡oh genios!
apuráis vuestras lágrimas;
sois las nubes que vagan, redimiendo
las gotas y las almas.
Sin más cruz que el olvido,
sin más clavos que cinco líneas largas.

Embriagados de notas,
ese delirium cruel al fin os mata,
Ah! quién os comprendiera;
quién dijera: el que llora y el que canta
no es un paria: es un hombre; es más, un ángel.

Si un aplauso pedís, bastan las manos
de la amada ideal, que siempre pasa,
más no llega; y a falta de ese aplauso,
guardáis toda la música en el alma!



EL PASILLO

¿Oís? es la alborada; despierta el jilguerillo,
la sombra va rodando camino de la peña,
perfuma el floripondio, la rosa y el tomillo,
el humo sube, y dentro el rancho arde la leña.

La quena en las estepas sonó . . . los rondadores
en quíchua sollozaron, como aves montaraces;
y hablaron a la sombra del capulí, de amores,
él y ella que salieron en busca de torcaces.

Oís? . . . Es el *pasillo* que bulle en la floresta,
sus notas son volubles, como es el cielo aquí;
sus notas son alegres como una indiana fiesta,
tienen el ágil vuelo del loco colibrí.

Las quejas de la novia—romántica campera—
que va a las romerías, al rezo y al jolgorio.
La floración de abril que trae primavera,
los plañideros ayes de un tétrico velorio.

Así brota el pasillo, dejando en los salones
perfumes de la pampa, del huerto y del alcor,
y a su compás criollo se aman los corazones,
porque es compás voluble, porque es ritmo de amor.



Es musgo florecido sobre el escueto llano,
al beso de una nube—la amada del pajón—
y va en pos de las cuerdas, y va en pos del piano,
va con la Buena Nueva de un nuevo y dulce són.

Cantores ambulantes de tierra colombiana
desgranan el pasillo que así tamboritea
en el café cantante o en la banal jarana,
donde el alcohol satura, donde el tabaco humea.
Debajo los balcones de la gentil serrana,
o en el amarillento camino de la aldea.

Espárcense ambrosías de una huerta abrilena,
escúchanse aleteos de colibrí. el tomillo
huele, y ruedan las sombras camino de la peña,
do la torcaz preludia: el viento, el jilguerillo,
la orquestación desatan en agua, en rama, en leña,
como diciendo a voces: ¡qué nuestro es el Pasillo!



TU

I

Ayer no más soñaba contemplarte:
a una visión mi mente despertaba;
ya despierto, feliz puedo mirarte,
y aun mirándote, el sueño no se acaba.

En mis noches, flotante te veía,
lentos los ojos de celeste abismo;
hoy gozo lo que mi alma presentía,
mas, mi sueño y tu rostro son lo mismo.

Es arpegio perdido entre las frondas
el modular de tu habla sugestiva,
es madrigal de trinos, auras, ondas,
do la música toda está cautiva.

Blanca, más blanca que temprana nube,
no así te soñé yo, vestal galana,
presentiate una alma de querube
bajo la tez de pálida gitana.

Ahora que tu aliento me ha inebriado,
sé de todos los que hay gratos aromas,
que me llenan de amor inquieto, alado
del que palpita oculto en las palomas.

Sólo tus ojos son los mismos ojos
que fueron de poeta mi delirio;
para tus labios hay un nombre: rojos,
para tu frente, nó: dígallo el lirio.

Ojos grandes, parleros, nunca en calma,
como alas de medrosa golondrina,
ojos que tu alma son y hablan al alma
con el negro mirar de noche endrina.

¡Qué dulce divagar! qué hermoso sueño,
lilial mujer, toda hecha de armonía:
quién te mira ya sabe qué es Ensueño,
aprende el que en tí piensa, Poesía.



II

No sé si me amarás: nada te digo,
nada me dices!
no sé si me amarás!....
Con mi temor a tu mirada obligo
posarse ruborosa en los tapices,
y en el distante azul que está detrás
de la ventana donde tantas veces
sufrí todo lo negro de tus ojos,
lo incierto de tus dulces esquiveces,
y huyendo tus enojos,
hablamos de otro amor, y extrañas penas;
apenas, sí, apenas
un suspiro esfumaba mis anhelos,
y tu mirabas los brumosos cielos,
tu alféizar, y del cuarto los tapices....

No sé si me amarás,
nada te digo,
no lo diré jamás,
nada me dices:
¡no sé si me amarás!.....

III

Ahora me vé la luna
cómo juego a otra pena:
me hallo sin novia ninguna,
porque adoro a una ajena.

Rubia, desenvuelta y franca,
puedo decir con Rubén,
que es como el lirio de blanca,
y como el cirio, también.

Su historia? No sé.... Deliro
con una heredad lejana,
de primaveral retiro,
en una eterna mañana.

Es de alabastro, como una
magnolia en botón..

Es buena
como el palor de la luna,
santa, como una azucena.

Su voz—jilguero en el prado—
triste y blanca,—són de espuma:

tómala el viento, alocado,
y la hace lunaria bruma.

Pálida novia, que reza,
comulga, sonríe y ama.
Tiene la rara tristeza
del oro de la retama.

Su vida nubla una pena:
la de morir, pero bien.
... Es santa como azucena
y como el cirio también.



IV

Acaso está la culpa en tus miradas,
tus miradas profundas ... pero, nó;
tus ojos son alondras hechizadas
que enjaularon en tu órbita las hadas,
para que trinen en lilibal prisión.

Tus ojos no pecaron: como flores
embriagan, al abrirse con pudor;
tus ojos son dos vivos ruiseñores,
son lagos donde duermen los rumores:
flores, aves y lagos....el Amor.

Yo quisiera en mi anhelo, hermosa mía,
que me mandes tus ojos; pero no
como al pagano envió Santa Lucía,
cuando ella al arrancárselos, decía:
«Toma mis ojos; pero mi alma, nó»

Que arranque tus pupilas yo quisiera,
la flecha de la aljaba del Amor;
entonces, al instante te ofreciera,
cual si la fuente de Lucía fuera,
palpitante, mi mismo corazón.

Tu pupila es un mar: inmensa y honda.
Como la luna, como el sol, redonda.
Como el cielo, infinita. Dios . . . Luzbel.
Es el imán astral que la Gioconda
dejó de Leonardo en el pincel.



V

Espero una dichosa primavera,
en una heredad blanca, en una villa,
de un río monorrítmico a la orilla,
donde haya aves, y césped, y pradera.

Que haya sauces !; que sea en dondequiera!
donde haya un cura santo, una capilla,
para mirar su enhiesta torrecilla
como una bendición sobre la era.

El viento volteriano, entre las ramas,
sonría de los musgos que se han muerto,
y nos traiga perfume de retamas

del risco azul, del páramo desierto;
y en medio allí, de campestral concierto,
por la primera vez, digas que me amas.

VI

En su partida.

Este deseo de llorar a solas,
y de esperar con inquietud la tarde,
y de irse, sin saber, como las olas,
y de romper el corazón cobarde.

Este mal de tristeza que no cura
por todo lo que vá lejos o acaba;
este mal de soñar; está locura,
que la carcoma de la ausencia agrava.

Es el dolor por la ave que se pierde,
por la planta que fue... por esos días
que acaso ni Ella, ni Ella los recuerde;
¡si nada son! si fueron niñerías.

Adiós ! Partió al galope; en el recodo
como una ala flotó rápido el velo:
en serena quietud yacía todo
y el sol rondaba como siempre el cielo.

VII

Adiós ! Ella se aleja, ella se aleja.
¿ Por qué mi amor no la hubo retenido? . . .
Mi corazón a un niño se asemeja,
con temor del fantasma del Olvido.

Las calles y los parques con su calma
yacían, y las combas de la sierra;
mientras moría de amargura el alma
ante tanto egoísmo de la tierra.

Quedéme como tronco, en el camino,
cuyas hojas se van, hechas ceniza . . .
Alas y nubes siguen su destino:
yo quedo aquí: y ellas se van a prisa.

De Mayo el sol de paz lento subía,
en serena quietud yacía todo;
La ciudad al Domingo recibía,
que de flores y luz llegó beodo.

. . . . Y se fue por la larga carretera;
el viento coqueteaba con su velo.
Yo esperaba y ¿ a quién ? quedé en espera...
y el sol rondaba como siempre el cielo.

VIII

Templo dorado y triste.

Señor, qué vacío el templo,
cuando el sol que va a morir
se lanza por las fenestras,
de un pilar tras el perfil,
sobre jaspeada arquería
o el ala de un querubín,
a besar tu áurea Custodia,
despidiéndose de Ti.

Qué vacío!... En los floreros
se agachan ya sobre sí,
despidiendo muerto aroma
la azucena y el jazmín.
I en todas partes silencio.....

¿Qué falta? ¿No están allí
las vírgenes que te adoran,
de plata cirial gentil,
las lámparas, el incienso.
el amor del querubín?

Ay! mas, no están unos ojos
que copien, en su zafir,
el altar y el tabernáculo;
falta el suave carmín

de unos labios rezadores
que te invocaban por mí,
faltan unas manecitas
y su libro de marfil....

Señor, cuán lejos esa alma
que siempre la hallaba allí,
cuando caía hasta el templo,
de un pilar por el perfil,
a besar tu áurea Custodia,
el sol, que se iba a morir....



IX

En la casa vacía.

Sobre la soledad de los balcones
el silencio desteje un madrigal;
mientras tiende la araña sus crespones
desde el techo, enlutando el ventanal.

Se ha secado en las férreas barandillas
la enredadera... ¡huérfana y desnuda!
y aletean sus hojas amarillas,
dando al ambiente una elegía muda!

Sobre la soledad de los vitrales
se están hilando ya las telarañas:
¡cómo estarán de fríos los cristales
sin el dulce calor de sus pestañas!

En la heredad florida.

 La diéronla tal vez su bienvenida,
el río que se abraza a las montañas,
los eucaliptos que hacen avenida,
las brisas, y las tórtolas hurafías.

Cómo estarán abriéndose las rosas,
do el sol allí recreará su lumbre;
cuán bellas estarán todas las cosas:
huerto, casa, heredad, aroma, cumbre.

Y en el silencio de azuladas cimas
do fulguran al campo sus pestañas:
¡cómo las aves hilarán sus rimas....
cómo se abrasarán esas montañas!

X

Escondida detrás del arbolado,
y como un habitado palomar,
está la casa con que yo he soñado,
blanca y antigua, en medio del palmar.

Lánzate, corazón entumecido,
hazte nube, hazte aroma, hazte torcaz....
llégate a la casita como nido;
no regreses de ahí, jamás, jamás!

Ronda el río selvático que pasa
llevando hojas y troncos a enterrar;
y por la noche duerme de la casa
al calor columbino de su alar.

No abandones el valle recogido,
confúndete en su seno montaraz;
y de aquella casita como un nido,
errante corazón, sé la torcaz.

SI VOLVIERA !

¶ uelva a tu mente la vez primera,
cuando de dichas en primavera
te ví, te amé.
Te contéplaba de rubor lleno:
¡ si fuí tan niño, si fuí tan bueno !
ay! esa vez.

Cuando me hablabas, viéndome apenas;
— así se inclinan las azucenas
de nivea sien—
allí bullían sobre enramadas
las brisas y aves enamoradas:
¡ era otro edén !

Luego en silencio se derretía
la frase eterna: voces no había
para ese amor.
Sólo tus ojos de alba paloma
decían « te amo », con el idioma
que diera Dios.

Me deleitaba de tus candores:
trocóse en nido de ruiseñores
mi corazón.

Cantos, ensueños y tus caricias,
niña, yo guardo como primicias
de tu pasión.

Tú, desde entonces, luz de estas cimas,
nota que ciegas lanzan las rimas
de mi laúd.

Tú, de estos campos en la indolencia
trino y murmullo, como y esencia:
¡ bendita, tú !.

Y así, si es arpa la sierra, flota
tu imagen, como perdida nota
bajo el azul.
Si son los Andes como eslabones
de una cadena de corazones,
su alma eres tú.

Sí, no te olvides de la hora aquella.....
sí, nada eclipse la única estrella
que nos miró;
por todo un siglo vale esa aurora:
porque en la vida sólo hay una hora
para el amor !



XII

Vuelvo a mirar el sol, del mismo sitio,
donde en el manso y vagabundo arroyo
fingen sus rayos todas las mañanas
mil temblorosos lavaderos de oro.

Vuelvo a escuchar la música del río,
que va de lo fatal como un apóstol
que va como profeta del olvido,
y ríe, y llora y gruñe como loco,
abrazado a las piedras, que hieráticas
e inmóviles se están en los recodos.

Su pienso de verdura, la ribera
ofrece a la molicie de los toros:
allí la yerbabuena campesina
con su rústico olor perfuma todo.

Vuelvo otra vez y llego con mi libro,
en que sigo estudiando poco a poco,
dando cada año un paso; con mi libro,
de años fugaces la ilusión recojo,
y al buscar las caricias de mi llanto
hallo de tanto sol, secos mis ojos!...

XIII

Sepultada a lo largo del camino
contempla mi alma su ilusión primera....
....el río rezongando, que se pierde,
y el sauce—corazón de la alameda.

Caminicos, cancelas, valladares,
donde atisbaba la salida de ella,
ciego a la galanura que efundía
a bocanadas, pródiga, la tierra.

Cómo se huele a sol en las llanadas,
las mismas son: con su eternal verano.
¿Serán las mismas aves las que cruzan?
¿Serán las mismas hojas las de mi árbol?

Alza el viento y se vá... Frangancias viejas
soplan ledas la abulia de mi frente,
y el mórbido chirriar de las cigarras
cunde en el tremedal su sonsonete.

Parece que las aves no se cuidan
de mí regreso a ellas; desposadas
acaso estén las que aprendieron tiernas
de nuestro amor, a amar y ser amadas.

Hoy recorro estos huertos que no olvido
y dudo: ¿si serán los de otros años?
sus piedras, sus umbrosos limoneros,
do en mi Vía de Amor, grabé los pasos.

La bulla que otros días no escuchara
hoy invade el silencio de mis penas...
No hay piedra alguna donde no haya un rastro,
ni sombra agreste que no ampare huellas.



XIV

Aquí el césped en donde me tendía,
detrás la cerca enmarañada, en donde
el abrazo primero la pedía,
y que mi ruego y su rubor esconde;

dó el volar del insecto nos turbaba;
creíamos mirarnos sorprendidos,
y no era sino el viento que jugaba,
hojas barriendo y destronando nidos.

Ay! raquíptico el árbol que dejaba
rodar cortezas de su tronco seco:
a su ruido ella pálida temblaba,
de sus latidos atajando el eco!

Ha hollado nadie la saudosa senda;
de ese tiempo no queda ni el guijarro;
la grama ha puesto con piedad su venda,
y ha echado sus retoños el chaparro.

Bueno el rosal, que su rubor oculta
en el yerbal que en germinar no tarda,
con sus flores que allí cría y sepulta,
de nuestros besos el sigilo guarda.

Por esa valla de agrietadas piedras
las moreras resbalan, ya sin brío:
verdes en otro tiempo; ahora negras,
mueren sus hojas de incurable hastío !



XV

Al pie de estas cercas,
junto a los henares,
cortejo doliente
mis recuerdos hacen,
me miran los montes,
me increpan las aves;
la voz de un responso
gime en los maizales,
que nos ocultaban
como altos guardianes.

Para qué decirlo,
si las piedras saben?
si testigos fueron
de la espera amante....

Hoy el testimonio
acaso me falte,
de las rosaledas
y los cipresales,
que al oír su promesa,
pasando el ventalle,
menearon sus hojas,
como si firmaran
un pacto en el aire.

Ya nuevos pimpollos
del seco ramaje,
enguinaldan lo alto
del muro y la calle.

I haciendo en mi alma
de constancia alarde,
la ilusión primera
con sus muertos haces,
de allí no se aparta,
ni el viento la barre!

¡Parece viviente,
sumiso cadáver
que aún da hojas: mis lágrimas,
y flores: mis ayes!



XVI

Lugar

Una atmósfera tibia y azulosa,
muchas luces que hienden el vacío,
la campana que dobla quejumbrosa
y el nocherniego cántico del río.

Pasan y vuelven golfos andariegos;
en la taberna un pária empina el codo,
la niñada jadeante, de sus juegos
se retira. En mutismo queda todo.

De una parte

En el balcón se mueve una enlutada
inquiriendo el confín, como sibila
que a su dios consultara; desalada
hinca en el éter su húmeda pupila.

Parece evocación de una Balada;
de amante de Faón, bajo relieve.
—Es él es él ¡cuán tarde su llegada!
se acerca? No, Dios mío, no se atreve.

De abajo

La vé, la vé de nuevo; los zarcillos
lucen en el negro de la silueta,
él estruja, inconsciente, en los bolsillos,
de sus versos la flor, una tarjeta.

Quiere ir ¿y para qué?, si la misiva
en su mano rompió el escalofrío;
y él se contrista al verla pensativa,
escuchando el monólogo del río.

Arriba

Entórnase el vitral, rechina el quicio
queda la estela parda de una sombra.

Aabajo

Se acerca, se retira ¡ qué suplicio !
ya cuando todo se cerró, la nombra.

Lugar

En el andén un bulto que se espuma
midiendo la longura de sus pasos;
escintilan los focos en la bruma,
y en la taberna líbanse los vasos.

Como la regia túnica de un mago,
tachonan las estrellas el vacío;
y continúa, inalterable y vago
el confuso monólogo del río.

XVII

Nec ros, Nec pluvia....
-Lib. II Reyes-Cap. 1 V. 21-

Piano, no me hables de ella,
calla, por piedad, piano;
que ya no vibre en tus voces,
que no la evoque tu canto.

No me digas más su nombre;
ocúltalo en camposantos:
yo muera con mal de olvido;
como un idiota, olvidando....

Nueva voz hayan las cuerdas,
y nuevo timbre el piano,
¿no se oye sobre las ruinas
gorjear mejor a los pájaros?

Que se ahoguen estas ruinas
en tempestades de llanto....
Y quede sobre el diluvio
bajo el arco-iris flotando,
la Arca de mi lira, donde
mi madre se ha refugiado.

En pos de consuelo salga
la paloma de mi canto,
y arranque una verde oliva
desde el confín solitario.

XIX

A tu retrato

Qué me dicen los bosquejos
que te muestran pensativa;
los labios con leves dejos
de una muchachuela esquiva,
viendo lejos, lejos, lejos?...

En ese retrato tuyo
mi historia de niño leo,
y de insolente me arguyo,
cuando ya no amarte creo:
lloro, y te veo, y te veo.

Cuán tímida te presentas,
para decirme callando,
que con mi amor te contentas,
y que me sigues amando,
sin que sientas, sin que sientas.

Pareces palpitar viva,
que vienes hacia mí creo,
por darme tu boca esquiva;
mas, ay! inmóvil te veo,
pensativa, pensativa

PLUMADA

Quedóme esta laceria de recuerdo
como la sangre en la reciente herida....
¡ Soy un poseso; acaso sea un cuerdo
en este manicornio de la vida!

NOCTIVAGA

Parpadeaban insomnes las estrellas,
caía en copos la sutil escarcha,
la noche bruja hipnotizaba el orbe
y al silencio la fuente se quejaba.

Cargados de guitarras serraniegas,
cual provenzales de bohemias capas,
a la luz de farolas va la murga,
como otras sombras, cual sus sombras largas,
alternando sentidas marineras,
tonadillas en boga, de la patria,
apasionados versos, yaravíes,
que a la nocturna soledad se lanzan,
como ayes, como ritmos de las sombras,
que al pie de los balcones congregara
el erótico númen, y retumban
en los umbrales, o talvez los salvan,
para expirar adentro, muy adentro:
en el confín recóndito de una alma!...
Hienden el aire glosas populares,
en la dormida, inquietadora casa,
de ella, que el sueño a su galán le roba,
y por la noche avívale sus ansias:

porque las noches son de los infaustos,
porque son de los tristes las hermanas,
las amigas del hombre: ¡eterno triste!
Noche, princesa etíope, mora lánguida,
coronada de soles desmayados,
y envuelta en tu misterio de romántica!

Ese conjunto de preludios tiernos
se desflora en rumores sin palabras,
se deshace en sentidas armonías;
porque la pena del amor no se habla!
mientras siguen temblando con el frío
las votivas estrellas solitarias,
y se ciernen las brujas de las sombras,
y se escucha el poema de la calma.



CORTE DE AMOR

¡Tú, rubia señora de mirada triste,
de labios que exhalan ya muertas promesas,
acaso a un bardo, temprana quisiste,
acaso tu fuiste
con tus labios, causa de muchas tristezas.

Intenta un poeta venir a tus puertas:
su góndola riza la glauca laguna . . .
El poeta cree que ya están abiertas,
señora, tus puertas:
es hora de umbría y es noche de luna.

Al verte tan tierna, y así pensativa,
todos han soñado con una princesa
que tuvo su trono; y que ahora cautiva
vé desde la ojiva
su castillo en ruinas que el oleaje besa. . . .

Amas resignada la paz del santuario,
amas melancólica la tenue eutrapelia
del hogar; y llevas el negro rosario
y el devocionario
en tus manos líricas de doliente Ofelia.

Tu voz es la gama de la filomela
¿ qué noche aprendiste
la muda romanza de su rondinela ?
Cuántos sufrirían dudas de novela
cuando tu los viste,
pasando a la escuela;
¡ cuántos quedarían con el alma triste !



RISA DE ESTRELLAS

El muerto sol, plañidera, el crepúsculo es que pasa,
árboles que oran eshiestos; tallos que el cáliz ocultan
bajo el manto de las hojas; como las aves sus picos,
bajo las alas cansadas, para dormir. Una y otra
vienen, vienen dos estrellas tras los flecos de las brumas,
y un pajarillo que salta como espía asechador;
que vá, que vuelve, vigila y que inquieto todo juzga....

Tomo, al fin, su fina mano... al punto esas dos estrellas
tiemblan, llaman a que acudan todas ellas, todas ellas,
y el pájaro va cantando con tristeza, con languor....
¡Crepúsculo blanco y tibio; tarde azul de nuevo amor!

ELOGIO DE LA TRISTEZA

La Princesa está triste....¿ qué tendrá la princesa ?

Rubén Darfo-Sonatina-

Soñadora sultana
que aduermes tu mirar en la lontana,
inmensidad augusta del paisaje,
quisiera ser tu paje,
para seguir tus pasos día a día
y ahondar en la cruel melancolía,
que desde el pecho hasta tus ojos sube,
como del monte al véspero la nube.
Si en tus labios florecen madrigales,
y tus dientes de perlas orientales
reflejan una tarde que no llega....
¿Será que amante, hasta el Dolor te ruega
por penetrar en tu pupila honda?
Ya su palor por las ojeras ronda,
ya su lacayo, el tedio—con la parda
vestidura de invierno le hace guarda,

y cuidan su hermosura, cual doncellas,
prendiéndole añoranzas las estrellas.

Ya nacen nuevas yedras en las ruínas
de las cruces de huesas campesinas.

El Amor es la yedra y con los leños
que al corazón arrancan los ensueños,

el tiempo hace la cruz entre sus piedras:
¡l abrázanse las cruces y las yedras!

El corazón no muere; si está triste
es porque sin dormir el pobre existe;

si ama el aletear de la espesura,
al río que acuitándose murmura,

y escucha que en las nieblas del olvido
el Pasado rebelde da un rugido,

cual fiera entre la noche del desierto:
es porque aún el corazón no ha muerto.

Cristo es más bello cuando más apura
el rebotante cáliz de amargura;

Esther y Ruth, las bíblicas doncellas,
piden sombra al dolor para ser bellas.

María con el llanto funerario
poematiza el Verbo del Calvario....

No florece el hortal sin la tormenta
ni el capullo revienta,

si no le hiere el astro con su lampo!
¡ Es la Tristeza espíritu del campo !

Donairosa sultana, ¡ quién pudiera
dejar en tu apolínea cabellera

la flor del limonero, reventada
en un rayo lunar de la alborada !

¡ Quién oyera la voz de tus ternuras,
cuando tus ojos van a las alturas,

con mágico abandono!

¡ Quién pudiera tener por regio trono

los brazos en que siempre te reclinas,
a la hora en que van las golondrinas

a sus citas de amor al campanario,
y el sol en el poniente es incensario

que con centellas muertas riega de astros
el azul entre copos de alabastros.

Celos me dá la bruna lejanía,
hermana gris de tu melancolía,

donde al Enigma va a buscar tus magias.
Tristeza, tú contagias

al sol, al campo, al huerto. . . y al espacio
de éter y zafiro en su palacio;

tu mirar con el iris aprisiona
y te da por corona

reflejos del más tímido planeta
y una lumbre de ocaso, que secreta

viene con sus cendales a envolverte;
rivales míos: ellos y la Muerte

Yo librara tu espíritu del tedio,
poniendo lira y corazón en medio;

entre el ideal celeste de la Altura
que roba de tus ojos la ternura,

y entre tus labios de sonrisas vagas
con que al poeta soñador halagas.



RITORNELLOS

Esta muchachuela
que la busco en torno
luce los encantos
de antiguo tesoro:
los sábados toma
hojuelas del horno;
el domingo, empina
poquitito el codo,
con unos truhanes
callejeros novios.
Usa manoegato,
redecilla y moño
y dientes calzados
y pendientes de oro.

A las campestres
ventas de villorrio
va de verbenera
con trajes ¡qué monos!
y rie con boca
que obsede al demonio;
su cuello es de cisne,
cimbrante de modo

que vencer pudiera
al buen San Antonio,
a cuyos altares
lleva sus ex—votos.

Mejillas rosadas,
teñidos los ojos
de leves ojeras
azules los pómulos,
cual pintara Goya,
en fiesta de toros,
la de *picos pardos*
y mantón airoso,
es la sevillana
de la edad de oro.

Paréceme una alma
que vivió en un trono,
en cuerpo de reina
cautiva de Apolo:
y que se ha encarnado,
con *anhelos locos*
en su cuello eréctil,
en sus senos de opio,
y en sus manos largas
y en sus brujos ojos,
como de agarena
que persigue un moro.

Habita buharda,
do llegan los mozos
a pelar la pava
y a hacer el oso.

Ella es pueblerina
con varios antojos:
tiene zapatitos
hebillados de oro,
peineta enjoyada,
perfumes exóticos;
lévalos alegre,
por mirar los globos,
en los festivales
del Santo Patrono.

Va a las procesiones,
asiste a velorios,
con igual menjurje,
con el mismo moño,
los dientes con calzas,
y zarcillos de oro....



ACUARELA

Vas llevando en tus mejillas
los geranios que se mecen
de mi río a las orillas;
los geranios que florecen
vas llevando en tus mejillas.

Un pedazo de mi tierra,
con su vaho serraniego,
bajo tus senos se encierra;
y late en su tez de fuego
un pedazo de mi tierra.

Lirios y santamarías,
blancos de luna y amor,
en noche de serranías
dan a tu frente el albor:
¡Lirios y santamarías!

Triscador gorrión que canta
con el deajo propio y triste
del terruño, tu garganta
es así: ay! en élla existe
un gorrión que brinca y canta.

Tu amor hurraño se oculta,
como ave rara que adora
del risco la entraña inculta.
¡Porque tu entraña atesora
amor, que a todo se oculta!

Hijas de mis serranías
ellas te dan su misterio;
y aves y santamarías
salúdante en su salterio:
¡Reina de mis serranías!



CUARESIMAL

Es de tarde: doliente la campana
lanza a las nubes prolongado el eco,
llamando a la piadosa provinciana,
evocadora del pincel de Greco.

Se adelanta hácia el templo legendario
la que tiene el pecado de hermosura;
serpea entre sortijas el rosario,
y dan vida sus ojos con hartura.

Y élla también la de sonrisas tiernas
la que del labio primaveras vierte,
vá a escuchar las Verdades—las eternas—
que hablan de Gloria, Infierno, Juicio, Muerte.

En medio de devotas se reclina,
pensando en confesar sus extravíos;
mientras el cura en su sermón fulmina
contra el amor, y todas sus desvíos.

Ella ignora el pecado en su optimismo,
su alma es tímida y blanca, como estrella. . . .
Mas, Ah! ¿Quién la perdona, si Dios mismo
permitióle la culpa de ser bella?



MADRIGALES

I

Tus negros, redondos ojos
son el emblema mejor
de cuanto hay aquí de triste,
de cuanto da conmoción;
talvez porque de las tumbas
presentan forma y color.

II

Si un sepulturero viera
tus ojos, en el panteón
las bóvedas modelara
de su forma y su negror;
ay! si serán ellos causa
de otra tumba desde hoy.

III

Al rendirte en un saludo
la eternidad de mi amor,
conocí que no alcanzaba

adentro en tu corazón
y que sólo en tus pupilas
retratado se quedó.

IV

Ay ! yo mismo me decía,
con lógica y con dolor,
siendo el enigma tus ojos,
encierran algo que yo
adivino: son sepulcros
en donde yace mi amor.

V

Una tarde otoñal me paseaba
a la sombra de amado balcón,
y escuché que allá adentro vibraba
una voz que a mi pecho llegaba
con parlero y armónico son.

VI

Me detuve entusiasta y ufano
al oír el lá, dó, fá, sól, sí,
que arrancaba al meliflúo piano,
caprichosa, una rítmica mano,
en el tierno de amor yaraví.

VII

Si depende el sonido y sus galas
del artista y su libre querer,
corazón, al piano te igualas,
que los ayes y ritmos que exhalas
los produce divina mujer.

VIII

Porque evoca su faz nazarena
a cautiva, durmiente agarena
con nostalgias del sueño español;
y así dá la alegría o la pena,
sea blanca, sea hija del Sol.

IX

Si requiere estudiar el pianista,
para serlo con exactitud;
bella niña, con sólo tu vista
me conviertes en hábil artista,
y me truecas el pecho en laúd.

X

Cubierto en blanco pañuelo
tuve un regalo; el aroma
le dió su boca de cielo,
fragante como una poma.

Dentro el pañuelo una caja
en figura de ataúd,
y allí, cual leve mortaja,
un papel blanco y azul.

Bajo el papel relucía
el oro de un alfiler
y en la mortaja decía: "
Hoy día . . . mañanaayer

XI

Una mañana buscaba
la elegancia del pañuelo
y no lo hallé: ¿dónde estaba?....
se hizo nube y fué al cielo.

Otra vez su dulce esquila
me hizo soñar, fui a buscarla;
y busquéla y más busquéla;
pero jamás supe hallarla.

Meditabundo en mi ingrata
se me vino a atardecer,
luégo palpé mi corbata;
y la hallé sin alfiler.

XII

Después, sólo la cajita,
la de forma de ataúd:
quedó como flor marchita,
sin alma, sin juventud.

De aquel estuche ¿recuerdas?
¡del de forma de ataúd!
Quedó, cual queda, sin cuerdas,
en un rincón, el laúd.

Caja empolvada!... yacia
del olvido en la quietud:
su epitafio *ella* escribía,
sellaba *ella* su ataúd....

IMPLORACION

Por las niñas rubias, trigueñas o blancas,
por las que leyeron novelas eróticas;
por las que antes fueron humildes y francas,
y hoy están sin vida, graves y cloróticas.

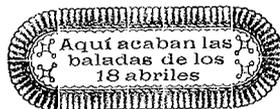
Por las que soñaron con novio poeta,
y acrósticos vieron que inspira su nombre;
por las que obsequiaron, pañuelo y peineta,
por las que creyeron en la fe de un hombre.

Por las que inspiraron trovas mañaneras
y en cambio volvieron flores amarillas;
por las que ahondaron dolientes ojeras
y en llanto bañaron de amor las mejillas.

Por las que han quedado, sin serlo, de ingratas,
y anduvieron quedas por jardín y prado
buscando al Romeo de sus serenatas,
que al pie de los muros, su huella ha dejado.

Por ellas se canten estrofas tranquilas,
se escriban novelas de amores burgueses
que quiten las sombras de entrambas pupilas
que miran, que lloran, y que aman a veces.

Por las niñas rubias, blancas o morenas,
que un día de novias mirarse soñaron,
y escribieron cartas contando sus penas,
y sólo de novias eternas quedaron.



INDICE

Minucias literarias	I
A Cuenca	3
In Monumentum	4
Al rededor de Cuenca	9
El Aliso	12
El Agua negra	16
Dominica	18
Medio día	19
Atardecer	20
Las nueve tocan las campanas	21
Aves buenas	25
Por Luis E. Martínez C.	27
Clamor sin eco	28
Dolor del Numen	29
El Pasillo	33
Tú	37
Si volviera	52
Plumada	67
Noctívaga	69
Corte de Amor	71
Risa de estrellas	73
Elogio de la tristeza	74
Ritornellos	78
Acuarela	81
Cuaresmal	83
Madrigales	85
Imploración	89